

PRÓLOGO

Educador: el empeño innegable que pones en conocer y practicar el mejor método para que tus alumnos adquieran la ciencia terrena, ponlo también en conocer y practicar la ascética cristiana, que es el único método para que ellos y tú seáis mejores (Camino, 344)

Estudia. —Estudia con empeño. —Si has de ser sal y luz, necesitas ciencia, idoneidad. ¿O crees que por vago y comodón vas a recibir ciencia infusa? (Camino, 340).

Interesarse por la *educación*, es tocar un tema de la máxima importancia: siempre vigente, problemático, trascendente, ¡apasionante! Y, por encima de todo, es un asunto que nos interpela a todos de modo directo e inevitable.

Esto es así porque la *educación* —en toda la amplitud del término y en todos sus ámbitos y niveles— es una de las realidades inherentes a la naturaleza humana, imprescindible para el desarrollo y progreso del hombre y, por el hombre, de las instituciones y, por las instituciones, de los pueblos. Educación profunda que supera la mera enseñanza, que coloca al hombre en el terreno de las grandes decisiones de la vida, que mueve a tomar una posición responsable ante la existencia, que capacita para valorar lo pequeño y cotidiano (así como lo egregio y excepcional), que ayuda a distinguir entre fines y medios; a convertir los valores en virtudes; a aspirar a lo que está más allá y por encima de nuestra situación presente.

Este interés por la educación me ha movido a aceptar, gustosamente, la grata —y comprometida— tarea de prologar este número extraordinario

de la **Revista Panamericana de Pedagogía** que, desde el año 2000, reseña, examina y alienta los *Saberes y Quehaceres del Pedagogo*.

Número conmemorativo con el que se desea participar en la celebración de importantes acontecimientos: el **50° Aniversario de la Universidad Panamericana** y, a la vez, el **50° de la Escuela de Pedagogía**, primogénita entre las Facultades que integran la UP. Instituciones inmersas completamente en el mundo de lo educativo, cuyas aportaciones al ámbito pedagógico del país y del extranjero, son más que evidentes.

Creo que, en primer lugar, tales aniversarios nos obligan a considerar seriamente lo que, a estos propósitos, siempre sugirió **san Josemaría Escrivá**, principal promotor de estas instituciones, interesadas en propiciar un humanismo pedagógico trascendente, y un desarrollo personal integral, que posibilite la construcción de un mundo más justo, a través del enriquecimiento del saber y de una solidaridad más fraterna entre todos los hombres. Él indicaba que todo aniversario es como un recommienzo, una reinauguración, motivo de celebración y agradecimiento por los abundantes frutos ya logrados; y de reflexión y examen por los propósitos aún no alcanzados, y por aquello que, por el asombroso crecimiento, y por el acelerado discurrir de las distintas etapas en el tiempo, pudiera habernos apartado del proyecto formativo original.

Este proyecto se sustentó en una primera idea capital: toda auténtica educación debe centrarse en la persona del educando y de quienes intervienen, de una u otra forma, en el quehacer educativo: «[...] así es más fácil —indica san Josemaría— acomodar la formación a las exigencias y a las necesidades personales de cada uno, e incluso a su propia psicología» (Conv. 99). En el entendido de que la educación «no es sólo transmisión de valores, sino, sobre todo, valorización de la vida».

Cuando san Josemaría —en entrevista realizada por Andrés Garrigo— se refiere a «la Universidad al servicio de la sociedad actual», señala los frutos que cabe esperar de un quehacer universitario abierto a todos:

Cuantos reúnan condiciones de capacidad deben tener acceso a los estudios superiores, sea cualquiera su origen social, sus medios económicos, su raza o su religión. Mientras existan barreras en este sentido, la democratización

de la enseñanza será sólo una frase vacía. [...] [así] debe contribuir desde una posición de primera importancia, al progreso humano. Como los problemas planteados en la vida de los pueblos son múltiples y complejos —espirituales, culturales, sociales, económicos, etcétera—, la formación que debe impartir la Universidad ha de abarcar todos estos aspectos. No basta el deseo de querer trabajar por el bien común; el camino, para que este deseo sea eficaz, es formar hombres y mujeres capaces de dar a los demás el fruto de esa plenitud que han alcanzado (Conv. 74).

Con sólida formación profesional, mentalidad de servicio a la sociedad y recta integridad moral, los jóvenes universitarios han de promover el bien común con su trabajo profesional y con su actuación cívica. Con una sana inquietud por los problemas de los demás y un espíritu generoso que les lleve a enfrentarse con estos problemas, y aplicar su ciencia a procurar la mejor solución (cfr. Conv. 73, 74).

No me resulta fácil enumerar la gran cantidad de plumas especialistas, de México y de otros países que, en estas páginas y desde todas las áreas de la pedagogía, han hecho eco a un ideal formativo de firme raíz humanista: basado, sobre todo, en la realidad del trabajo bien hecho, la preparación científica, técnica, artística y moral al más alto nivel académico.

Con esta base, los egresados estarán preparados para una tarea de generosa ayuda al prójimo, de fraternidad cristiana [...]. [Así, el quehacer universitario] contribuirá eficazmente a: quitar las barreras que dificultan el entendimiento entre los hombres, a aligerar el miedo ante un futuro incierto, a promover —con amor a la verdad, a la justicia y a la libertad— la paz verdadera y la concordia de los espíritus y de las naciones (Conv. 75).

De una u otra forma, los artículos publicados en esta «Revista Panamericana de Pedagogía», apuntan hacia una formación que logre, con sus saberes «teóricos, prácticos y prudenciales: evitar que la educación se encierre en un artificial aislamiento, como actividad tecnificada, reducida a mera “ingeniería de la conducta”» (J.L. González-Simancas), o a una «pedagogía de lo periférico» (Leonardo Polo), y que la universidad quede reducida a mera:

[...] «academia de capacitación laboral», como si el hombre fuera un simple mecanismo productor de riqueza... ¡para otros! Eso sí: «de alto rendimiento». Se trata, más bien, de enfatizar el puesto que corresponde a la educación, como acción esencialmente humana, humanista y humanizadora; llamada, a su vez, a iluminar, a partir de esa inclusión en un todo superior, la estructura interna de la acción educativa (en toda la universalidad del término), la esencia de toda su conceptualización y de todo el quehacer del educador, profesional o no (Oswald Schwarz).

Estas páginas se han pronunciado por una institución universitaria que, junto a una enseñanza superior de la más alta calidad académica, llegue a ser:

- FORO donde se investiga y difunde la verdad, se fomentan la solidaridad, la justicia y la paz sociales.
- FRAGUA donde se forjan los nuevos modelos de hombre y de profesional que la sociedad espera y necesita, capaces de hacer lo que no pueden realizar las máquinas: pensar, juzgar y decidir libremente; comprender, socorrer, perdonar, amar...
- AREÓPAGO donde se discuten las grandes ideas y experiencias, se asumen con hondura, se elaboran interiormente, hasta llegar a convicciones personales, serias, profundas, para luego trasmitirlas llenas de viveza intelectual, con la fuerza de lo pensado y lo vivido.
- CLIMA profesional de grandes ideales: humanos, familiares, sociales, culturales, morales, espirituales...
- FARO que destaca la importancia y trascendencia de la vida humana y de todo lo humano.
- PALESTRA donde maestros y alumnos se ejercitan para superar los ambientes que invitan a acostumbrarse al mal, a la frivolidad, al conformismo y a la mediocridad.

Puedo afirmar que una óptica humanista e interdisciplinar, que promueve una educación integral e integradora de cada persona, en lo individual y lo social, en lo material y lo espiritual, en lo técnico y lo ético, en lo natural y lo sobrenatural, ha informado el trabajo durante los años que se conmemoran. Entre muchos ejemplos, puedo decir que este proyecto formativo ha sido ratificado, y legado como herencia, por el doctor Carlos Llano Cifuentes, fundador y primer rector de la UP. Recuerdo que pocos días antes de su fallecimiento, le encontré, como ocurría frecuentemente, en medio de la calle de Augusto Rodin. Él cruzaba la calle en un sentido y yo en el contrario. Como era habitual, entre broma y broma, me saludó efusivamente. A su pregunta, le contesté que me dirigía a impartir una clase de Filosofía de la Educación. Su expresión cambió. Con seriedad inesperada y un apretón de manos me indicó: «¡Gracias por ayudarnos a mantener el espíritu humanista, que debe ser la característica de nuestra Universidad!». Fueron las últimas palabras que le escuché. Pocos días, después me llegó la noticia de su fallecimiento.

Este modo de pensar pedagógico conduce a otra consideración ineludible: si la educación no ayuda a reconocer, respetar y promover la propia dignidad y la dignidad de los demás, sin distinción de ninguna clase, no es verdadera educación. Por eso: «Montar un colegio o una universidad no es un privilegio, sino una carga, si se procura que sea un centro para todos, no sólo para los que cuentan con recursos económicos» (Conv. 81). Y genera un ambiente amigable de confianza, libertad, alegría y respeto. De ahí que:

Los rasgos que las caracterizan [a esas instituciones educativas] pueden resumirse así: educación en la libertad personal y en la responsabilidad también personal. Con libertad y responsabilidad se trabaja a gusto, se rinde, no hay necesidad de controles ni de vigilancia: porque todos se sienten «en su casa» y basta un simple horario. Luego el espíritu de convivencia, sin discriminaciones de ningún tipo. Es en la convivencia, donde se forma la persona; allí aprende cada uno que, para poder exigir que respeten su libertad, debe saber respetar la libertad de los otros. Finalmente, el espíritu de humana fraternidad: los talentos propios han de ser puestos al servicio de los demás. Si no, de poco sirven (Conv. 84).

Por otra parte, ese amor a la libertad, propia y ajena —según se lee en «Conversaciones»— evita la tentación de pensar que este estilo educativo:

[...] sea el único bueno, o que deba adoptarlo todo el mundo. Me parece simplemente que da muy buenos resultados, y que hay razones sólidas —además de una larga experiencia— para hacerlo así, pero no ataco la opinión contraria (Conv. 99).

[...] quiero decir que en esta conversación estoy expresando una opinión, la mía, la de una persona que desde los dieciséis años —ahora tengo sesenta y cinco— no ha perdido el contacto con la Universidad. Expongo mi modo personal de ver esta cuestión, no el modo de ver del Opus Dei, que en todas las cosas temporales y discutibles no quiere ni puede tener opinión alguna [...], cada quien tiene y expresa libremente su propio parecer personal, del que se hace también personalmente responsable (Conv. 76).

Sobre este designio inspirador, esta Revista se pronuncia por una enseñanza universitaria al más alto nivel académico, que acoge las grandes ideas que han alentado las perspectivas y experiencias pedagógicas más exitosas en el pasado, así como las teorías, herramientas y técnicas más avanzadas de la tecnología educativa *de punta*, y los métodos y recursos didácticos más innovadores y efectivos, así como los contactos más estratégicos.

Hemos querido, desde estas páginas, esclarecer la condición de la educación, como tendencia natural, esforzada e ininterrumpida hacia la forma más elevada de existencia humana y, a la vez, enfatizar el estatuto epistemológico de la pedagogía, como ciencia general de la educación, encargada de descubrir las raíces más profundas, los motivos más trascendentes de la educación, así como los métodos y las herramientas didácticas más eficaces.

Hemos defendido la idea de que la pedagogía es la ciencia general de la educación que, con sus saberes intra-pedagógicos y los extra-pedagógicos, aportados por otras ciencias que también se ven necesitadas de abordar la fenomenología de la educación, construye el impresionante y poliédrico *corpus pedagogicus*, que ha logrado

desechar, entre otras, la idea equivocada, de que el pedagogo se limita al trabajo escolar destinado a la enseñanza de niños.

Sin duda, la «Revista Panamericana de Pedagogía», haciéndose eco de los propósitos de la Universidad Panamericana y de su Escuela de Pedagogía, ha colaborado eficazmente en la tarea de resaltar y diversificar las funciones, y los objetivos de la pedagogía como ciencia, disciplina y profesión. Esto ha vigorizado, evidentemente, un interés inusitado por la polivalencia del quehacer pedagógico en empresas públicas y privadas de los más diversos ramos. Esto es así porque se ha llegado al convencimiento de que toda educación es, entre otros propósitos, preparación para el trabajo, y todo trabajo tiene, entre otras dimensiones, una cada vez más clara y apremiante, la dimensión pedagógica.

Nos hemos resistido a señalar, a la pedagogía, como ciencia meramente técnica. Vista así, el discurso pedagógico no siempre es capaz de avistar los verdaderos fines y el cabal sentido de la vida humana, por eso corre el peligro de volverse indiferente a los valores que proporcionan sentido y sostienen los afanes de los hombres. Como simple técnica, esa pedagogía está maravillosamente dispuesta a decirnos cómo conseguir unos determinados fines didácticos, pero, primero, esos fines deben buscarse con una óptica más humanista. El triste dilema de una formación puramente técnica, es constatar que la ciencia y la técnica pueden igualmente dirigirse al bien o al mal. Su orientación debe venir de otro lado.

Nuestro convencimiento es que la presión tecnológica utilitaria actual, hace que el cultivo de las humanidades sea la mejor defensa de la identidad, dignidad y libertad humanas. Y quien favorezca la *Pedagogía como ciencia humanista*, y muestre sus auténticas aspiraciones, servirá de contrapeso a muchos errores de nuestro tiempo y beneficiará la causa del hombre.

Por último, sólo me resta felicitar, desde este número extraordinario, a la *Universidad Panamericana* y a la *Escuela de Pedagogía* por tan importante y fecundo aniversario. Me cuento entre los que tuvimos el privilegio y la fortuna de presenciar el nacimiento de estas instituciones. Podemos atestiguar que surgieron, como tantas otras obras humanas, en medio de múltiples dificultades. Sin embargo,

siempre nos alentaron ciertas consideraciones de san Josemaría: «Las cosas que hay que hacer, se hacen, no se dejan de hacer por falta de elementos, de instrumentos, sino que se comienza. No miréis con la nariz pegada al muro... Alzad la cabeza y veréis el cielo azul o nublado, pero esperando vuestro vuelo».

*Héctor Lerma Jasso**

* Profesor Fundador de la Escuela de Pedagogía de la Universidad Panamericana.